



La lectura en la aldea.

Una venganza

I

Ella, la altiva baronesa viuda, la orgullosa descendiente de los héroes de las Cruzadas; la nieta por línea colateral de un conde, no volvió á acordarse ni del gañán ni del latigazo. Lo descargó por necesidad de su espíritu soberbio, nunca domado; por su vanidad de aristócrata, que no sufrió jamás imposición de villanas gentes. Fué un castigo y lo olvidó. Pero al injuriado no se le apartaba un momento la terrible remembranza de la memoria, y mal podía apartársele cuanto que la mantenía siempre ardiendo, como fuego sagrado que alimentaba la venganza.

Sucedió el choque en una serena tarde de aquella primavera precursora del alzamiento de los campesinos franceses al grito de «¡abajo los privilegios!» Ya entonces la presencia de un noble por entre los sembrados era seguida con miradas de odio, que aun no se atrevían á lanzarle á la cara. Todavía intimidaba el cepo. El labriego estaba escardando en un huertecito de su propiedad, cuando sintió detrás de sí el resoplido de un caballo. Se irguió con presteza y vió á sus espaldas, jinete en un nervioso alazán, que acababa de refrenar, á la baronesa del Castillo de los Pinos, una rubia aristócrata, delicada como una Psiquis y orgullosa como un Juno. Su intención era manifiesta. Se le echaba la noche encima y había tomado linderos á través para acortar la vuelta.

El aldeano se descubrió con respeto, y exclamó con firme acento y devorándola con una mirada ardiente, en la que se adi-

—Señorita, perdón; pero no podéis seguir por aquí.

—¿Por qué?—preguntó la dama, clavando en el rústico sus acerados ojos claros.

—¡Porque vuestro caballo no me va á dejar una hortaliza sana!

—¡Y á mí qué me importa eso!—repuso con acritud la amazona, añadiendo:—¡Ea, apártate si no quieres que te atropelle!

El labriego no se movió, y cumpliendo su promesa, la beldad picó espuela á su corcel, á la vez que el campesino, que había previsto la acción, le asía bruscamente del diestro, sujetándole con una mano tan dura, que le obligó á plantarse, poniendo un momento en grave riesgo el equilibrio de su jinete. Pero aquella mujer era una caballista admirable: refrenó el potro, que se iba á la empuñada, y ya dominado, bramando ella de coraje, levantó el latiguillo y cruzó la cara al irrespetuoso aldeano, gritándole:

—¡Suelta esas riendas, insolente!

La mirada que despidieron los ojos del labriego fué espantosa. Toda la sangre se le arrebató á las sienas é hizo un movimiento instintivo de acometida. Pero se contuvo, se pasó la mano libre por el verdugón y gritó reprimiendo la ira, que le hacía castañetear los dientes:

—Aunque los de arriba no lo creáis así, también hay en nuestros pechos hidalguía. Sois una mujer, y os respeto; pero nuestro gran día se acerca: el día en que los escarncidos nos cobraremos lo que nos debéis, y yo os juro, señorita, que me pagaréis este latigazo.

El mismo azuzó luego al caballo, y el potro partió al galope, hollando las legumbres, mientras que la dama vertía la última burla sobre la cabeza del joven cam-

pesino, diciéndole entre un torrente de risa.

—¡Ya ajustaremos cuentas, buen hombre!

II

Detrás de la cuadrículada vidriera, sola en aquella estancia del castillo, atestada de cómodas, de mesitas, de cornucopias, en las que brillaban el oro, el mármol y la caoba, estreñeciéndose de rabia contemplaba la orgullosa baronesa la muchedumbre armada de campesinos que se venía á más andar á su suntuosa vivienda. Todo el mundo, á excepción de algún viejo criado, había huído de la casa. Días atrás la rodeaban dos abates, un magistrado y tres señoras de la más linajuda extirpe, sus huéspedes de verano; y allí mismo, donde ahora permanecían mudos el arpa y el clavicordio dentro de sus fundas de seda persa, se hacía música. Ninguno tuvo el valor de acompañarla; todos huyeron apenas las primeras parroquias de la comarca comenzaron á tocar á rebato. Ella únicamente desoyó súplicas y consejos y se quedó llena de heroísmo.

Desde la ventana distinguía la vasta llanura con sus dos ó tres grandes claridades, que el crepúsculo vespertino aumentaba: eran otros tantos incendios, otros tantos castillos que ardían. Y mientras, el río de gente se aproximaba hasta oírse ya su estruendo, semejante al de una inundación echándose encima con violencia. La baronesa no desconocía lo que le aguardaba dentro de unos minutos. Toda la comarca estaba lo mismo: las mansiones señoriales y abadías entregadas á las llamas; nobles y monjes escondidos ó ahorcados; la plebe campeña imperando donde quiera, desatadas sus pasiones, sus odios, ávida de libertad y de sangre.

La castellana era brava de veras bajo su rubia debilidad. Llegaban las falanges de aldeanos al pie del castillo, armados de picas, de mosquetones, de fusiles, de sables arrebatados á los soldados de los destacamentos, hasta de garrotes los que no disponían de otra cosa, viniendo revueltos hombres y mujeres, todos agitando, todos blandiendo sus instrumentos de muerte. Las voces claras y distintas pegaron contra la cuadrículada vidriera. La baronesa, al fin era mujer, sintió un instante de desfallecimiento; pero cobró nuevos bríos en fuerza de voluntad, se impuso á la materia, y para darse ánimo á sí misma comenzó á rezar con fervor. Sin moverse, convertida en una estatua, siguió con atento oído lo que pasaba fuera: escuchó los golpes sobre las recias puertas de roble hasta que cedieron, escuchó el vocerío de la muchedumbre en los patios, el rumor de las turbas aproximándose. No hubo lucha. Los escasos servidores tenían orden de no resistir.

De improviso se abrió la puerta de la estancia, y apareció bajo el dintel una figura varonil y arrogante de campesino, con el pelo en desorden y un largo espadón al cinto. La baronesa se irguió, dispuesta á sucumbir con dignidad, y clavó sus ojos en el aldeano. Su rostro le trajo una vaga remembranza á la memoria.

—Yo he visto antes de ahora á este hombre—pensó, y tornó á mirarle sugestionada, á su pesar, por su apostura.

El revolucionario se había ido acercando á ella lentamente, y cuando llegó hasta casi tocarla, la dijo sonriendo, pero fulgurándole las pupilas, no ya sólo de ira, sino de pasión:

—Hace cuatro meses, en un huertecillo de mi propiedad, la señora baronesa se dignó cruzarme la cara con su latiguillo

de montar por defender yo mis derechos. ¿No se acuerda de este episodio la señora baronesa? Lo habrá olvidado. Yo era un cualquiera, nadie. Pues la refrescaré la memoria. Prometí entonces vengarme de la afrenta, y ha llegado el instante de realizar mi propósito.

La dama se preparó á morir, y de repente sucedió una cosa inaudita, extraordinaria, que la baronesa no podía imaginar siquiera, que la dejó aterrada. Aquel hombre la cogió rápidamente en sus brazos, y sin darla tiempo á nada, estampó en sus suaves mejillas de aristócrata sus rudos labios de campesino. La mujer no intentó defenderse, lanzó un grito, y lo que quizá no hubiera hecho el puñal asesino, lo consiguió el beso: se desplomó sin sentido sobre el pavimento de mármol.

III

Meses después llamaba la atención de los descamisados de París la belleza de la mujer del ciudadano Marcial, el secretario del Comité de Salud pública del octavo distrito. Si él no hubiera sido un integérrimo patriota bien probado, habría existido motivo para sospechar que aquella mujer, de oficio planchadora, era una aristócrata disfrazada que huía así del patíbulo.

Alfonso Pérez Nieva.

DOS NOTAS

Yo vi á la pálida niña
con velo de desposada,
y anunciando su ventura
repicaron las campanas.

Hoy ante la misma iglesia
silencioso entierro pasa,
y las campanas en tanto
doblan por la niña pálida.

¡Campanas, que sois reflejos
de las miserias humanas,
la dicha que hoy anunciáis
tenéis que llorar mañana!

Narciso Díaz de Escovar.

EPIGRAMA

—Gil no quiere á su mujer
según la gente asegura.

—Eso no es cierto, Adelina.

—¡Pero si todas le gustan!

—Pues si á todas quiere, ¡es claro
que también querrá á la suya!



Una aldeana.